

El objetivo de este libro es familiarizar a los alumnos con las cuestiones más significativas de la lingüística, incluidas en el programa del curso universitario Introducción a la Lengua y la Comunicación, dictado en la Facultad de Humanidades y Ciencias de Educación de la Universidad Nacional de La Plata. En este texto, se ofrecerán instrumentos teóricos y estrategias metodológicas básicas que permitan, por un lado, llevar a cabo un estudio sistemático sobre la lengua materna, con proyecciones sobre una segunda lengua o una lengua extranjera. Se iniciará, así, a los lectores en la formación lingüística, poniéndolos, en todo caso, en continua vinculación con la enseñanza y la investigación. Por otro lado, se acercarán instrumentos de observación, descripción, explicación y valoración de la lengua que sirvan para transferir las categorías analíticas al campo de interés o al de desempeño académico o laboral, accediendo paulatinamente hacia niveles de generalización y de teorización. Dado el protagonismo que el lenguaje adquiere en la vida de las personas, el conocimiento científico que pueda proporcionar la lingüística resulta ciertamente útil no solo para quienes emplean el lenguaje como medio de expresión y comunicación, sino también para todos aquellos cuya práctica profesional esté ligada a la reflexión sobre el lenguaje y las lenguas humanas.

7900

ANDREA CUCATTO
(EDITORA)

CARPETA 634 - FOLIO 10

Introducción a los estudios del Lenguaje y la Comunicación

Teoría y práctica

prometeo
libros



www.prometeoeditorial.com

ISBN 978-987-574-374-8



9 789875 743748

prometeo
libros

Edujo

Editorial
de la Universidad
de La Plata

- Ong, Walter J. (1982), *Oralidad y escritura*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Parodi Sweis, Giovanni (1999), *Relaciones entre lectura y escritura: una perspectiva cognitiva discursiva. Bases teóricas y antecedentes empíricos*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2003
- Pérez Juliá, Marisa, *Rutinas de la escritura. Un estudio perceptivo de la unidad párrafo*, Valencia, LynX, 1998.
- Poca, Anna, «Teoría de la escritura», en *La escritura. Teoría y técnica de la transmisión*, Barcelona, Montesinos, 1991.
- Sampson, Geoffrey, *Writing Systems*, Londres, Hutchinson, 1985.
- Reyes, Graciela, *Cómo escribir bien en español*, Madrid, Arco Libros, 1999.
- Saussure, Ferdinand de (1945), *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 1970.
- Teberosky, Ana y Tolchinsky, Liliana, *Más allá de la alfabetización*, Buenos Aires, Santillana Aula XXI, 1995.
- Tusón Valls, Amparo y Calsamiglia Blancafort, Helena (1999), «El discurso escrito», en *Las cosas del decir. Manual de Análisis del Discurso*, Barcelona, Ariel, 1999.
- Verón, Eliseo, *Esto no es un libro*, Barcelona, Gedisa, 1999.
- Yule, George, «El desarrollo de la escritura», en *El lenguaje*, Madrid, Cambridge University Press, 1998.
- Vigotski, Lev S. (1934), *Pensamiento y lenguaje*, Barcelona, Paidós, 1995.
- (1979), *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*, Barcelona, Crítica, 1986.

CAPÍTULO 7

El lenguaje y la oralidad

GUSTAVO ROJAS

1. Definición del lenguaje oral y diferencias con el lenguaje escrito

De acuerdo con los medios empleados en su realización, la facultad del lenguaje se manifiesta de tres formas diferentes: cuando la comunicación se lleva a cabo por medio de la articulación vocal y el sentido auditivo, es decir, cuando el canal privilegiado es de tipo acústico, estamos en presencia de la lengua oral. Si la facultad del lenguaje se realiza por medio de soportes gráficos e instrumentos de notación, circunstancia que permite diferir el momento de la recepción respecto de la emisión del mensaje, la modalidad adoptada recibe el nombre de lengua escrita. Finalmente, si la interacción lingüística se desarrolla por medio de posiciones y movimientos manuales previamente codificados, como sucede entre quienes se comunican con la Lengua de Señas Argentina,¹ el lenguaje se realiza con la modalidad visogestual. Esta última

¹ Se trata de la lengua empleada por la comunidad sorda en nuestro país que, de acuerdo con Skliar, Massone y Veinberg (1995), entre otros autores, presenta las mismas características funcionales que todas las lenguas naturales. No existe una única lengua de señas, dado que las distintas comunidades de sordos en el mundo han construido su propio sistema lingüístico visogestual; de hecho, al interior de cada uno de estos sistemas, se identifican variedades según la región, la edad y la situación social de sus usuarios.

comparte con la lengua oral el hecho de realizarse cara a cara² y con la presencia efectiva de quienes intervienen en el proceso comunicativo; sin embargo, a pesar de su riqueza y complejidad, no ha ocupado un lugar importante en la teoría lingüística debido a que su empleo está restringido a condiciones y situaciones muy particulares.

También la lengua oral, por razones que iremos desentrañando en este capítulo, ha merecido una atención menor que la escritura en la evolución de la disciplina Lingüística, situación que ha venido revirtiéndose en forma gradual hasta nuestros días. Podemos afirmar con certeza que la lengua escrita ha ostentado históricamente un prestigio mayor que la lengua oral en el momento de emprender la reflexión sobre el lenguaje. Esta preeminencia podría explicarse, citando las propias palabras de Saussure, porque aquella «impresiona como un objeto permanente y sólido, más propio que el sonido para constituir la unidad de la lengua a través del tiempo», además de que «en la mayoría de los individuos las impresiones visuales son más firmes y durables que las acústicas» (Saussure, 1916: 53). Calsamiglia, por su parte, postula las siguientes razones para comprender este trato desigual hacia la lengua oral:

La filología, al reducirse al conocimiento y análisis de los textos escritos, no había prestado atención a la oralidad y había contribuido a formar un estado de opinión en el cual todo lo que se refiere a la oralidad es incaptable, desorganizado, errático y corrupto. Así pues, con el estructuralismo llega la distinción entre lengua y habla, es decir, la distinción entre lo que es el sistema y lo que es su realización concreta. Sin embargo, el desarrollo del estructuralismo en sus ramas más influyentes puso énfasis en el estudio de la estructura abstracta de las lenguas, su descripción y su explicación, dejando para un momento posterior el estudio de la realización concreta, entre otras razones porque se consideró que sin el conocimiento de esta estructura, que confiera sus condiciones de existencia a toda realización, no era posible abordar el conocimiento del uso. (Calsamiglia, 1994: 19)

Tal enfoque o concepción grafocéntrica de la naturaleza del lenguaje ha prevalecido durante la primera mitad del siglo xx en los estudios culturales y

² Si bien en el uso cotidiano la lengua oral requiere de la presencia simultánea de los interlocutores, la introducción de los medios masivos de comunicación en nuestra cultura —como tendremos ocasión de ver más adelante— establece la posibilidad de diferir en el tiempo y en el espacio los momentos de emisión y recepción del mensaje, circunstancia que antes de la Modernidad sólo era posible por medio de la escritura.

lingüísticos, exceptuando algunos trabajos pioneros en este campo que no llegaron a conformar un programa de investigación sostenido en el tiempo. Por ejemplo, se atribuye a Milman Parry el haber enfatizado, en su tesis doctoral de 1928 sobre los poemas homéricos (cuestión citada por Havelock, 1996, y Ong, 1982), la importancia de la oralidad para la comprensión de importantes procesos culturales. No obstante, no fue sino hasta la década del sesenta que comenzaron a constituirse áreas específicas sobre la temática en el marco de la Lingüística y la Antropología, entre otras disciplinas. Vale decir que los estudios sobre la lengua oral constituyen, en el ámbito de las Ciencias Humanas y Sociales, un área de investigación relativamente reciente. Refiriéndose a este proceso, Havelock (1996) ha destacado que, en forma prácticamente simultánea, distintos campos disciplinarios comenzaron a demostrar interés por la oralidad:

En un lapso de doce meses más o menos, entre 1962 y la primavera de 1963, salieron de las prensas de tres países diferentes —Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos— cinco obras de cinco autores que, en el momento en que escribieron, no podían saber nada de ninguna relación entre ellos. Las obras en cuestión eran *El pensamiento salvaje* (Lévi-Strauss), «The consequences of Literacy» (un extenso artículo de Goody y Watt), *La Galaxia Gutenberg* (McLuhan), *Animal Species and Evolution* (Mayr) y *Prefacio a Platón* (Havelock). (Havelock, 1996: 48-49).

Esta coincidencia temporal de importantes publicaciones sobre cuestiones relacionadas con la oralidad estaría señalando en qué momento irrumpe como tema de interés para la comunidad científica. Ya sea que acordemos o no con las razones expuestas por distintos autores para explicar la preeminencia de la escritura en el pensamiento occidental moderno y la consecuente remisión de la oralidad a un segundo plano, observamos que en la mayoría de los casos la lengua oral se define en función de su relación dicotómica con la lengua escrita. Dicha relación no sólo atañe a la coexistencia de ambos sistemas en las sociedades modernas, sino también a los contrastes que pueden hallarse entre las culturas ágrafas y aquellas que en algún momento de su evolución histórica vivenciaron la aparición de la escritura. En palabras de Walter Ong (1982),³ las diferencias entre la oralidad y la escritura pueden abordarse desde una perspectiva sincrónica y otra diacrónica, según se trate de

³ Este es uno de los autores a quienes nos remitiremos con mayor frecuencia a lo largo del capítulo debido a la importancia de sus estudios en el campo que nos ocupa.

analizar su coexistencia o su surgimiento diferido en la historia de la cultura universal. Teniendo en cuenta esta última perspectiva, Walter Ong ha señalado que las principales características del pensamiento y la expresión oral que se vieron afectadas con el surgimiento y posterior extensión de la escritura han sido las siguientes:

a. Comparadas con el grafismo, la oralidad primaria se reconoce por su carácter acumulativo, en tanto que la escritura permite el procesamiento analítico y la organización del material lingüístico en estructuras subordinadas. En efecto, en el marco de las sociedades orales, el sujeto operaba mediante palabras reunidas en conjuntos más o menos estables y recurrentes en el discurso.

b. Las culturas orales eran eminentemente redundantes o copiosas porque de este modo se aseguraban su propia conservación; la repetición constante, la exuberancia y el «empalago retórico» (Gil Juárez et al, 2005) eran impuestos por el medio acústico como una necesidad; con la invención de la escritura, el discurso se reorganizó concentrando la información en núcleos temáticos que se suceden en forma lineal.

c. Los depositarios del saber y del poder en las sociedades ágrafas eran los mayores; las funciones didácticas, religiosas y normativas eran delegadas en los miembros que podían actualizar sus conocimientos de un pasado remoto y de otra forma inaccesible; por esta razón, estas sociedades eran eminentemente conservadoras y tradicionalistas.

d. En estas culturas ágrafas, por otra parte, todas las formas de interacción social se desarrollaban únicamente cara a cara; las formas de aprendizaje que hacían a la continuidad social y cultural dependían inevitablemente del encuentro físico entre sujetos; esto es, que la expresión y el pensamiento oral estaban vinculados de manera muy estrecha con el mundo vital.

e. Los objetos culturales que nos han sido heredados por estas sociedades se caracterizan por su matiz agonístico; la guerra y los enfrentamientos personales dotaban a la tradición de contenidos que valía la pena transmitir de una generación a otra; se cree actualmente que la vida cotidiana estaba imbuida del mismo matiz, de lo cual podrían dar cuenta las formas de socialización que giraban en torno a las competencias deportivas.

f. La identificación e integración comunitaria en el contexto de la oralidad primaria exigían la participación efectiva de los sujetos en los acontecimientos sociales más relevantes; se afirma, por lo tanto, que las culturas ágrafas eran empáticas y participantes.

g. En tanto que se desarrollaban en una suerte de equilibrio y presente continuo, los pueblos que no conocieron la escritura eran portadores de una cultura homeostática, que se caracterizaba por excluir todo aquello que no valiera la pena recordar; los hechos más relevantes en la memoria colectiva habían tenido lugar en un pasado muy remoto al que sólo excepcionalmente podían agregarse acontecimientos más próximos en el tiempo.

h. Finalmente, se afirma que el pensamiento de naturaleza oral es eminentemente situacional, dado que los procesos de abstracción u objetivación no fueron posibles sino hasta la invención de la escritura; por este motivo, se entiende que no habrían existido en el contexto de la oralidad primaria conceptos universales ni categorías que no fueran funcionales a las distintas situaciones del mundo vital.

En cuanto a la perspectiva sincrónica en el análisis comparativo de la lengua oral y la lengua escrita, o sea, aquella perspectiva que se ocupa de señalar las particularidades de cada una de estas modalidades a partir de su coexistencia en las sociedades modernas, adoptaremos dos formas de abordaje. Por un lado, iremos repasando a lo largo de este capítulo algunas distinciones y puntos de contacto, a fin de ofrecer al lector un marco general para comprender las relaciones que las Ciencias del Lenguaje y la Comunicación establecen entre ambas modalidades. Por otro lado, proponemos al lector hacer dialogar el presente capítulo con el correspondiente a la lengua escrita, emprendiendo en forma personal durante la lectura su propio estudio comparativo. Entendemos que este último ejercicio permitirá profundizar su conocimiento acerca del lenguaje en sus diferentes manifestaciones, para lo cual podrá valerse además de la bibliografía de consulta indicada al final de ambos capítulos.

2. Características formales y funcionales de la lengua oral

Los juicios de valor acerca de la inferioridad de la lengua oral respecto de la lengua escrita —a la luz de los cuales esta sería portadora de una mayor riqueza y complejidad— fueron refutados a partir de numerosas investigaciones sobre lenguas y muestras diversas⁴ de un modo terminante. En este sentido, es importante señalar que actualmente, para la comunidad científica, la lengua oral ya no

⁴ Para el caso del francés oral, véase Blanche-Benveniste (1989); para el español oral, se recomienda la lectura de la obra de Briz (1996, 1998, 2000, 2002).

es más una «pariente pobre» de la lengua escrita (Roulet, 1991), puesto que fue demostrado de manera contundente que, en forma análoga a la lengua escrita, la lengua oral presenta niveles de elaboración, planificación y complejidad que podrían sorprendernos. Al respecto, consideremos, por ejemplo, el espectro de posibilidades que pueden mediar entre un simple saludo y un sermón religioso, o entre un simple agradecimiento y el alegato del fiscal en un juicio oral. Desde la conversación coloquial y el *talk show* hasta la exposición académica, la lengua oral presenta evidentemente una plasticidad y potencialidad asombrosas, gracias a lo cual es la forma privilegiada de interacción humana en las más diversas situaciones comunicativas que atravesamos diariamente.

De acuerdo con Walter Ong, más allá de la potencia cultural que suele atribuirse a los sistemas de escritura modernos, nunca dejan de ser sistemas de segundo nivel: la oralidad es siempre anterior a la escritura (Ong, 1982; Calsamiglia, 1994), ya sea que tengamos en cuenta la evolución filogenética u ontogenética⁵ de la facultad del lenguaje. A simple vista, la lengua parecería ser un medio de comunicación entre otros, pero afinando un poco la mirada resulta claro que es además el sistema de representación del mundo más importante con que contamos. Siguiendo con este razonamiento, es fácil comprender que la lengua oral ocupa un lugar primario en nuestro trayecto de vida y en nuestras experiencias cotidianas, en tanto que la lengua escrita requiere de un entrenamiento posterior, generalmente proporcionado por el sistema educativo. En tal sentido, se ha afirmado que la lengua oral constituye un «sistema modelador primario» (Lotman, 1967), de acuerdo con lo cual la lengua escrita deber considerarse como un sistema modelador de segundo orden:

La definición canónica de un sistema modelizante fue forjada por Yuri M. Lotman en 1967 (traducida al inglés en Lucid 1977: 7) como «una estructura de elementos y reglas para ser combinados que se encuentra en un estado de analogía fija con la esfera completa de un objeto de conocimiento, comprensión o regulación. En consecuencia, un sistema modelizante puede ser tomado como un lenguaje. Los sistemas que tienen un lenguaje natural por base y que adquieren superestructuras suplementa-

rias, creando así lenguajes de segundo nivel, pueden correctamente ser llamados «sistemas modelizantes secundarios». El lenguaje natural, en resumen, es así afirmado como el primario, o básico, infraestructura para todos los otros sistemas humanos de signos... (Sebeok, 1991: 1)

Captamos, nombramos e interpretamos el mundo que nos rodea mediante el lenguaje y, en primera instancia—cuando no median situaciones patológicas que lo impidan—, lo hacemos por medio de la lengua oral. En la medida en que se trata de una modalidad universal de manifestación lingüística, de aprendizaje asistemático y uso espontáneo, su presencia en la cultura y en la vida de los sujetos impresiona como una forma natural de categorizar los objetos y acontecimientos del mundo, lo cual no debe interpretarse como una actividad menos cultural que la escritura. Aun tratándose del sistema modelador primario de la experiencia vital inherente a nuestra especie, la lengua oral es también un objeto cultural que se construye en interacción con otros sistemas simbólicos. De hecho, una de las hipótesis consensuadas en los estudios lingüísticos y antropológicos es que la oralidad se ha transformado radicalmente con la aparición y evolución de la escritura, más tarde la imprenta y las demás tecnologías de la palabra que hoy conocemos.

Desde este punto de vista, la dicotomía entre lengua y habla acuñada por Saussure en los albores del estructuralismo, que asignaba a esta última un carácter eminentemente subjetivo e idiosincrático,⁶ ha perdido legitimidad para las disciplinas que estudian la realización oral del lenguaje. Incluso actualmente se piensa que su aprendizaje y uso siguen patrones sistemáticos más o menos regulares según el contexto sociocultural al igual que todo proceso discursivo (Calsamiglia, 1994); vale decir que, en este aspecto, no presentaría diferencias sustanciales respecto de la lengua escrita. En tal sentido, Grice (1975) ha postulado que la pretendida superioridad que algunos autores otorgan al lenguaje formal de la lógica en desmedro del lenguaje corriente proviene de la poca atención que se le ha prestado a la naturaleza e importancia de las condiciones que gobiernan la conversación en la vida cotidiana. Sin duda, el uso del lenguaje por parte de los hablantes es una conducta racional orientada a fines específicos, que se vale de su propia lógica y que cuenta, además, con principios reguladores que son observados sistemáticamente.

⁵ Mientras que la evolución filogenética es la que tiene lugar históricamente tomando como punto de referencia a la especie, la evolución ontogenética se relaciona con las etapas vitales que atraviesa el individuo. Vale decir que la perspectiva diacrónica mencionada previamente en los estudios sobre el lenguaje oral atañe a la evolución de la especie humana y a las transformaciones culturales que trajo consigo la aparición de la escritura. Desde la perspectiva sincrónica, por el contrario, interesa observar cómo los usos de la lengua oral y de la lengua escrita intervienen en la vida de los sujetos.

⁶ Nos referimos al recorte del objeto de estudio emprendido por el autor, para quien únicamente la lengua—a diferencia del habla y el lenguaje—podía ser estudiada en forma sistemática, punto de vista que ha sido superado por los estudios lingüísticos que consideran la lengua oral—el habla, en términos de Saussure—como un objeto que puede explorarse científicamente.

Una clara evidencia del carácter racional que ostenta la conversación es que sigue en líneas generales un modelo similar al de otras relaciones cooperativas, donde los participantes persiguen iguales objetivos y sus contribuciones encajan unas con otras. A partir de dicha observación, Grice (1975) postula que la conversación —la forma más representativa y que mejor refleja la riqueza de los usos lingüísticos— está determinada por un Principio de Cooperación que opera sobre el intercambio de información y la comunicación eficaz, junto con una serie de máximas que regulan los procesos comunicativos de la vida cotidiana. Es cierto que estas máximas suelen ser transgredidas por los usuarios de las lenguas naturales, pero las circunstancias y las formas en que ello sucede pueden también sistematizarse debido a su recurrencia y regularidad.

Retomando las diferencias con la escritura que nos interesa remarcar en esta sección, merece la pena señalarse que estas también se hacen visibles en la caracterización de la situación de enunciación prototípica de la comunicación oral (Calsamiglia y Tusón, 1999). La participación simultánea⁷ de los sujetos en el intercambio es un rasgo propio de la oralidad, razón por la que la designación de interlocutor resulta más oportuna que la dupla emisor-receptor propuesta en los esquemas tradicionales de la comunicación. Sabemos, sin embargo, que existen ciertos géneros monológicos o monogestionados de la oralidad (la conferencia, el sermón religioso y la clase magistral, entre muchos otros)⁸ en los cuales dicha condición se cumple parcialmente. Es por ello que, para referirnos al modelo de la comunicación oral, tomaremos la conversación coloquial como el modo de realización prototípico y dedicaremos una sección especial de este capítulo a su análisis.

Una de las consecuencias más evidentes de todo lo que hemos planteado hasta aquí es que la lengua oral se debe ver como la forma de comunicación que permite las relaciones sociales fundamentales, tanto en la vida pública como privada. Es legítimo afirmar, por ejemplo, que la vida en sociedad —desde sus mínimos elementos constitutivos como la familia hasta las instituciones más complejas— no sería posible sin esta modalidad de interacción, y

⁷ Ya hemos señalado que en el caso de la lengua oral las nuevas tecnologías han introducido la posibilidad de modificar esta particularidad. De la misma forma, podemos imaginar fácilmente situaciones en que ciertas características de la lengua escrita quedan momentáneamente suspendidas; alcanza con imaginar un disertante que registra en una pizarra los aspectos más relevantes de su exposición a la vista del auditorio. Este tipo de situaciones permite ver que la interacción entre la lengua escrita y la lengua oral problematiza las características señaladas con frecuencia para cada una de estas manifestaciones del lenguaje.

⁸ No profundizaremos en estos conceptos aquí porque serán abordados con mayor detenimiento más adelante.

que las sociedades democráticas occidentales han surgido y evolucionado gracias a ella (Calsamiglia y Tusón, 1999). La construcción y administración del poder, la educación, la religión, el periodismo y la comunicación de masas, entre otros aspectos de la vida moderna, son factibles gracias a la palabra articulada oralmente. La lengua oral es, por lo tanto, un factor determinante en la convivencia social y en la vida de los sujetos.

El desarrollo de las competencias implicadas en el uso de la lengua oral facilita el acceso a los más diversos bienes culturales —entre ellos, la lengua escrita— y la participación de los ciudadanos en la vida social. Cuando no median circunstancias especiales que dificulten el habla o la audición,⁹ es únicamente por medio de la lengua oral que los sujetos pueden intervenir plenamente en la comunicación con sus pares, con los referentes adultos de su grupo familiar y con las instituciones que favorecen la socialización, tales como la escuela y el mundo del trabajo. Si estas afirmaciones reportan al lector la importancia que tiene la lengua oral en la vida de las personas, sería ocioso señalar las consecuencias que su relegamiento a un segundo plano —por ejemplo, en las prácticas pedagógicas— traen consigo.

Desde el punto de vista sociológico, la distribución social de los recursos simbólicos que promueven el acceso de los sujetos a los objetos culturales, como la lengua en todas sus manifestaciones, se rige por normas análogas a las que operan en el mercado de bienes materiales (Bourdieu, 1985). La lengua seguiría, desde esta perspectiva, un proceso de unificación, producción y circulación de bienes similar al mercado económico, valiéndose de las instituciones que legitiman determinadas modalidades de uso lingüístico en detrimento de las demás. La disposición de los sujetos a comunicarse mediante la lengua oral siguiendo estas reglas obedece, por lo tanto, a la incorporación gradual e inconsciente de pautas que determinan cuáles son los usos legítimos de la lengua y cuáles ocuparían un lugar subsidiario. El primero de los agentes que interviene en la incorporación de este patrón de distinción (Bourdieu, 1985) es la familia; en segunda instancia, se encuentran la escuela y los medios de comunicación. El sujeto incorpora inconscientemente en su acervo de conocimientos cuáles son las manifestaciones del lenguaje que gozan de una mayor aceptación por la cultura dominante, condicionando su actuación en el mercado de bienes lingüísticos a dicho aprendizaje.

No es este el lugar pertinente para desarrollar en toda su extensión el alcance del análisis sociológico del lenguaje y su inscripción en la cultura, tampoco de sus principales fundamentos teóricos ni de sus puntos débiles. Sin

⁹ En estas circunstancias especiales, se considera que la modalidad visogestual en que se manifiesta el lenguaje constituye la vía de acceso natural (Skliar et al, 1995).

embargo, la breve alusión que hemos hecho a esta perspectiva de abordaje en la problemática que nos incumbe permite entrever que todas nuestras observaciones sobre la lengua oral, sobre sus usos en la vida cotidiana y en los ámbitos que requieren un desarrollo específico de las competencias comunicativas, pueden también analizarse desde un punto de vista político, desentrañando las relaciones de poder que operan en la sociedad cuando se trata de legitimar determinados usos del lenguaje. Entre los elementos que intervienen en la configuración de los patrones sistemáticos que rigen la lengua oral, ocupa también un lugar importante el factor ideológico, aspecto que no debe pasarnos desapercibido para comprender la complejidad que caracteriza los procesos de adquisición y desarrollo de la lengua oral.

3. Los géneros discursivos de la oralidad

Recordemos algunas observaciones que hace Bajtín sobre los géneros discursivos y la dificultad que entraña, para este autor, todo intento de clasificarlos:

Cada enunciado separado es, por supuesto, individual, pero cada esfera del uso de la lengua elabora sus tipos relativamente estables de enunciados, a los que denominamos *géneros discursivos* [...] De ninguna manera se debe subestimar la extrema heterogeneidad de los géneros discursivos y la consiguiente dificultad de definición de la naturaleza común de los enunciados. Sobre todo hay que prestar atención a la diferencia, sumamente importante, entre géneros discursivos primarios (simples) y secundarios (complejos) —a saber, novelas, dramas, investigaciones científicas de toda clase, grandes géneros periodísticos, etc.— surgen en condiciones de la comunicación cultural más compleja, relativamente más desarrollada y organizada, principalmente, escrita: comunicación artística, científica, sociopolítica, etc. (Bajtín, 1982: 250).

Acordamos con Bajtín en que resultaría sumamente dificultoso establecer una clasificación exhaustiva y excluyente de los géneros discursivos en que interviene la lengua oral. Teniendo en cuenta esta situación, hemos optado por presentar algunas variables que podrían tenerse en cuenta a fin de describir y eventualmente categorizar los géneros discursivos de la oralidad. Para ponderar el alcance de estas variables, compararemos distintas manifestaciones de la oralidad, principalmente en relación con la conversación coloquial, por entender que se trata del género más recurrente en nuestras experiencias con el lenguaje. Por la misma razón y por definir una de las subdisciplinas que más

se ha desarrollado entre los estudios de la lengua oral,¹⁰ abordaremos posteriormente el análisis de la conversación para conocer las categorías y los métodos de estudio que tienen como objeto este género discursivo.

Debemos a la Filosofía del Lenguaje Ordinario y a la Pragmática las bases conceptuales que retomarían más tarde los estudios sobre la oralidad; sin embargo, es oportuno recordar que aquellas disciplinas compartían una perspectiva de análisis monológico que dejaba de lado los aspectos interactivos del lenguaje.¹¹ No obstante, es evidente que los intercambios lingüísticos cotidianos están caracterizados por su impronta dialógica, de forma tal que un análisis pertinente de estos géneros no puede deslindarse del marco interactivo. Debido a ello, las subdisciplinas que abordan la oralidad como el Análisis de la Conversación consideran que el objeto de estudio más apropiado a sus fines no será el acto de habla como lo entendía la Filosofía del Lenguaje, sino el «turno de habla» y su articulación con los demás elementos lingüísticos que intervienen en la interacción verbal (Hernández Sacristán, 1999).

Nuestra primera variable de análisis, en función de lo dicho anteriormente, sería el grado o la forma en que se manifiesta dicho carácter dialógico en cada uno de los géneros discursivos de la lengua oral. De manera evidente, la conversación en la vida cotidiana comparte con el debate parlamentario, con el panel o con el juicio oral, entre otros géneros discursivos, esta impronta dialógica. Pero ello no debe llevarnos a creer que la misma está ausente cuando el género discursivo en cuestión no impone la participación en forma alternada de distintos sujetos. También en el desarrollo de una conferencia o en la declaración de un testigo ante un tribunal se producen fenómenos de orden dialógico, sólo que en estos casos se manifiestan de un modo diferente. Quien expone o declara ante un auditorio, por ejemplo, debe estar atento a las reacciones de los oyentes, ya que de esto depende en gran medida la eficacia de su intervención discursiva: descubrir gestos de duda, malestar o aburrimiento en las expresiones del auditorio debería conducirlo a modificar el curso de sus palabras para conseguir sus objetivos. La retroalimentación o *feed-back* es un fenómeno que se produce por medio de distintos códigos y canales de comunicación —lingüísticos, gestuales, posturales— que deja entrever, por lo tanto, la variedad de formas en que se exhibe el carácter dialógico de la lengua oral.

¹⁰ Nos referimos, justamente, a la práctica científica conocida como Análisis de la Conversación.

¹¹ Con ello queremos significar que la Filosofía del Lenguaje Ordinario dejaba de lado la interacción, focalizando su atención en la figura del hablante, en sus acciones y en los recursos que empleaba en la producción del enunciado. Respecto de la Pragmática, nos referimos a los textos fundacionales de la disciplina, dado que actualmente esta visión monológica ha sido superada.

El aspecto dialógico del discurso oral es más obvio o fácil de observar, entonces, en aquellos géneros que involucran más de un participante efectivo. La intervención de dos o más sujetos en determinadas situaciones comunicativas ha hecho que los estudios lingüísticos diferencien entre géneros plurigestionados y monogestionados, según se produzca o no la alternancia de turnos entre participantes. De acuerdo con esta distinción, la conferencia, el sermón, la arenga política y el *speech* de un vendedor en el subterráneo deberían designarse como géneros monogestionados. Es cierto que también en estos últimos pueden observarse rasgos o marcas interactivas (Calsamiglia y Tusón, 1999) —por ejemplo, cuando un disertante cita determinado autor para cuestionar sus planteos—, pero, a diferencia de la entrevista, suelen caracterizarse por la fuerte intervención de un único hablante. En los géneros plurigestionados, por su parte, podemos hallar algunas diferencias notables de acuerdo con la cantidad de participantes. Por ejemplo, cuando intervienen en el intercambio más de dos interlocutores, es posible la constitución de grupos antagónicos, alianzas, etc., circunstancias que imprimen una dinámica particular en géneros como el debate político.

Otra variable que es importante considerar en un análisis comparativo de los géneros discursivos en lengua oral es el nivel de formalidad que los mismos presentan. Si se contrasta con el interrogatorio al acusado en un juicio oral, la conversación coloquial constituye una forma más natural de interacción comunicativa, dado que presenta una cuota ostensiblemente menor de formalidad, de normas o convenciones. En el mismo sentido, puede decirse que la conversación coloquial es un género que no requiere una formación o instrucción específica, puesto que los sujetos aprenden a hablar de manera espontánea a lo largo de toda su vida. Una *performance* exitosa en un debate parlamentario, por el contrario, requiere una mayor planificación, formación política y asesoramiento, aspectos que lo distinguen claramente del intercambio coloquial. Esta distancia y estas diferencias esenciales entre las formas coloquiales de intercambio y el debate político convierten a este último —de acuerdo con la clasificación de Bajtín— en un género discursivo secundario (Parrilla Sotomayor, 2002). Vale decir que los géneros discursivos secundarios de naturaleza oral serán aquellos que presenten un grado mayor de formalidad —en comparación con la conversación coloquial— y que, en consecuencia, requieren de un adiestramiento específico para lograr un desempeño eficaz.

La existencia de roles diferenciados y asumidos por los participantes en la interacción por medio de la lengua oral es también una variable a tener en cuenta, debido a que es un factor que condiciona en gran medida la construcción del discurso. En la entrevista —ya sea periodística, investigativa, laboral, o de otro tipo— se observa que existen papeles o roles previamente acordados y que deben ser asumidos por los interlocutores para que su participación en el intercambio sea aceptada por los demás. Otros géneros, como el *talk show*, la

declaración de amor, el simposio o el debate político, también se caracterizan por contar con un número determinado de participantes con papeles o funciones específicas: moderador y contendientes, moderador y disertantes, quien declara su amor y quien responde. En contraposición, existe una amplia diversidad de géneros discursivos, entre los cuales podemos mencionar la discusión callejera y el cotilleo, donde todos los participantes tienen un mismo rol.

Sabemos que las distintas situaciones comunicativas en que intervienen los sujetos restringen sus elecciones lingüísticas. No obstante, se aprecian diferencias notables en el grado de espontaneidad y convencionalidad entre los géneros primarios como la conversación coloquial y los géneros secundarios como el debate parlamentario. En este último caso, los individuos deben poner en juego competencias específicas en función del contexto, ya que las transgresiones al orden convencional del debate entrañan un mayor riesgo —nuevamente, en comparación con los géneros primarios— de ser sancionadas. Es verdad que la transgresión puede efectuarse estratégicamente persiguiendo determinadas metas, pero ello no implicaría necesariamente que el hablante hubiera incurrido en un error, sino, antes bien, puede significar que ha sabido explotar al máximo su competencia discursiva.¹²

Siguiendo con nuestra comparación entre géneros discursivos de naturaleza oral, podemos remarcar que también en el plano temático o el contenido del discurso se dan diferencias que sería oportuno contemplar. En la conversación de la vida diaria, por ejemplo, se observa una gran libertad en la selección de temas, en tanto que en otros tipos de conversaciones, como las que pueden darse entre un médico y su paciente, suele ser más frecuente la existencia de acuerdos previos —implícitos o explícitos— para abordar determinados tópicos y dejar de lado otros temas de conversación. En una consulta médica, por ejemplo, los antecedentes de una enfermedad en la familia del paciente resultarán más adecuados como tema de conversación que sus gustos musicales. Para indagar en torno a estas diferencias, algunos autores han propuesto que a la conversación prototípica se le pueden oponer determinadas «conversaciones periféricas» (Briz, 1996 y 1998), las cuales se caracterizan por las diferencias funcionales o sociales entre los interlocutores y en los temas que se tratan; las conversaciones entre médico y paciente o entre vendedor y cliente serían, así, ejemplares representativos de conversación periférica.

¹² Por ejemplo, la interrupción puede resultar efectiva para desarticular el discurso del oponente, evitando que este pueda organizar eficazmente su intervención de acuerdo con una planificación previa; en este caso, si bien se transgreden las pautas que guían el intercambio, no estaríamos en presencia de un error pragmático, sino ante una estrategia.

4. La conversación como género oral prototípico: características y unidades de análisis

Los contrastes indicados en la sección anterior entre los distintos géneros discursivos de la lengua oral nos pueden eximir de describir detalladamente la «conversación coloquial o prototípica» (Briz, 1996 y 1998) porque la hemos tomado como base de nuestras comparaciones. Nos detendremos, por lo tanto, únicamente para reseñar algunas características que no han sido señaladas hasta ahora, y para repasar luego las unidades de análisis que los estudios lingüísticos proponen cuando la abordan como objeto de investigación. Echarémos mano para ello a los rasgos diferenciales de la «toma de turnos» en la conversación que distinguen Sacks, Schegloff y Jefferson (1974) en uno de los textos fundacionales del análisis conversacional:

- El cambio de hablante se produce en la conversación en forma recurrente.
- Generalmente habla un solo participante por vez.
- Si bien se producen solapamientos¹³, estos suelen ser breves.
- La transición de un turno de palabra al siguiente sucede con mayor frecuencia sin intervalos ni solapamientos, o con breves intervalos.
- El orden en que se suceden los turnos de habla por lo general no obedece a un patrón fijo.
- Si bien la duración de los turnos tiende a ser equilibrada, tampoco suele ser fija.
- La duración del intercambio generalmente no se acuerda en forma previa.
- Tampoco suele acordarse con anterioridad el guión o contenido de la conversación.
- Del mismo modo, la distribución de los turnos de habla no obedece a un acuerdo previo.
- La cantidad de hablantes que intervienen en la conversación es variable.
- El discurso puede ser continuo o discontinuo.
- Se observan determinadas técnicas que con cierta regularidad operan sobre la distribución de los turnos de palabra.
- La construcción del discurso en cada turno de habla puede incluir distintas unidades formales, ya sean palabras, frases u oraciones.

- Se observan en la conversación determinados procedimientos que permiten reparar las transgresiones cometidas en la toma de turnos.¹⁴

Los géneros discursivos dialógicos y orales, como la conversación de la vida cotidiana, la entrevista, el debate parlamentario y el debate televisivo, entre muchísimos otros, se articulan y progresan por medio de un orden externo o socio-institucional y un orden interno o estructural. Desde el punto de vista externo, la progresión viene dada por la sucesión de los turnos en que los participantes toman la palabra. En la medida en que dicha toma de turnos es una práctica más o menos ritualizada y cargada de convenciones según el género del cual se trate, la alternancia de voces está condicionada por factores sociales e institucionales, tales como el rol y el prestigio de los participantes, es decir, sus posiciones relativas cuando se inscriben en un sistema de estratificación social. Por lo general, los interlocutores emplean distintos mecanismos para señalar e identificar el final de un turno de habla y la transición al siguiente; en este sentido, se pueden distinguir dos tipos de procedimientos prototípicos:

- a. La heteroselección, que consiste en que quien está usando la palabra selecciona al siguiente hablante.
- b. La autoselección, que consiste en que una de las personas presentes empieza a hablar sin que quien tiene la palabra la haya seleccionado (Calsamiglia y Tusón, 1999: 33).

En el desarrollo de la conversación, generalmente los participantes identifican los momentos más oportunos para que tenga lugar la transición de un turno de habla al siguiente; por ejemplo, los breves intervalos enunciados por Sacks, Schegloff y Jefferson en el cuarto ítem del listado de rasgos distintivos presentado anteriormente. En el análisis conversacional, estos momentos del intercambio que se reconocen como pertinentes para tomar la palabra se denominan lugares apropiados para la transición o LAT. Un LAT puede señalarse, por ejemplo, mediante la curva entonacional de cada intervención, por medio de la mirada o el movimiento corporal. Algunos fenómenos típicos de la conversación coloquial, como las interrupciones y los solapamientos, pueden considerarse ejemplos de un mal funcionamiento de los procedimientos para señalar e identificar un LAT.

¹³ Se denomina solapamiento a la superposición de dos hablantes en algún momento del turno de habla o durante todo su desarrollo.

¹⁴ En la transcripción de estos rasgos distintivos de la conversación no hemos copiado literalmente el texto fuente, sino que hemos tratado de adecuarlo al estilo de redacción que venimos siguiendo.

La gestión de turnos es considerada una forma de organización de la interacción humana en numerosas esferas de la vida social: el tráfico en el ámbito urbano, las compras en el supermercado, las mesas examinadoras en la universidad, la realización de trámites en los organismos públicos, son ejemplos representativos de esta dinámica. La interacción lingüística comparte con dichas esferas de nuestra vida cotidiana una forma de organización, pero se diferencia de ellas porque la regulación de los turnos de habla se suele producir de manera espontánea; en las demás actividades que hemos nombrado, por el contrario, la alternancia está regulada por normas (leyes de tránsito, reglamentos institucionales, etc.). Ello no significa que en la conversación coloquial no existan mecanismos de control para ordenar la sucesión de turnos, sino, en todo caso, que dichos mecanismos son sumamente flexibles dado que los turnos se negocian en el transcurso mismo del intercambio lingüístico. En géneros discursivos como el debate parlamentario, por ejemplo, el control de la alternancia se delega en un sujeto determinado y la duración de los turnos suele acordarse previamente.

En lo que respecta al orden interno de la conversación, se diferencian unidades de análisis lingüístico de distinto alcance y nivel jerárquico. Dicha jerarquización permite discriminar, entonces, unidades máximas, mínimas y grados intermedios. Por otro lado, según la cantidad de participantes que intervienen en su construcción, es posible distinguir «unidades monológicas» y «unidades dialógicas» (Briz, 2000, 2002). En forma esquemática, el análisis de los textos dialógico-orales como la conversación coloquial tiene en cuenta la siguiente estructura:

Estructura de la conversación

Orden interno

Unidades monológicas: acto de habla
intervención

Unidades dialógicas: intercambio

Orden externo

turno de habla
alternancia

diálogo

Vale decir que en la estructura de la conversación se diferencian dos unidades monológicas o inferiores –el acto de habla y la intervención– y dos unidades dialógicas o superiores –el intercambio y el diálogo– (Briz, 2002). Dicha distinción obedece a que la conversación, aun siendo caracterizada por su impronta dialógica e interactiva como hemos indicado con anterioridad, presenta componentes que pueden adscribirse a un único interlocutor y que, en

un análisis pormenorizado del intercambio, no deben perderse de vista. Sin perjuicio de ello, y antes de introducirnos en cada una de tales unidades para dar cuenta de sus alcances descriptivos, conviene aclarar que estas pueden presentarse en forma incrustada, insertándose unas dentro de otras; deben ser consideradas, por lo tanto, como estructuras recurrentes que durante el intercambio se combinan de modos diferentes, presentando distintos grados de complejidad de acuerdo con la situación comunicativa.

En el análisis de la conversación se considera que un acto de habla o enunciado es el menor segmento lingüístico que puede operar en el contexto enunciativo en forma aislada e independiente (Briz, 2000, 2002). Aunque en una misma intervención puedan articularse diferentes actos de habla desde el punto de vista de la Pragmática Filosófica, para el Análisis de la Conversación únicamente podrán considerarse como tales si cumplen con aquella condición. Por ejemplo, para el analista de la conversación, la expresión «¿Estás cansado? No, no estoy» constituye un único acto de habla, dado que el segundo término (la afirmación) no podría emplearse en una conversación sin haber pronunciado previamente el primero (la pregunta). Sabemos, por el contrario, que en el marco de la Pragmática se trataría de dos actos de habla diferentes (la afirmación y la interrogación).

La intervención se define en el marco del Análisis de la Conversación como un enunciado o conjunto de enunciados emitidos por un interlocutor en forma continua o discontinua, vinculados por una estrategia única de acción, es decir, con una misma intención comunicativa (Briz 2000, 2002). En algunos casos la intervención puede ser equivalente a un turno de habla, como, por ejemplo, la felicitación cuando es agradecida por quien es felicitado; y, en algunos casos, dicha equivalencia resulta problemática, como, por ejemplo, en el saludo que no es respondido. Al respecto, se asume que una intervención podrá considerarse un turno de habla siempre y cuando sea reconocido, aceptado y atendido por uno o más interlocutores; en el caso contrario, estaríamos en presencia de una intervención que no constituye un nuevo turno de habla.

Es en este punto que las investigaciones actuales proponen un distanciamiento de los primeros estudios teóricos sobre la conversación, ya que en los mismos se señalaba una relación de identidad entre cambio de emisor y turno de habla (Briz, 2002). Pero, como vimos, no siempre el cambio de identidad del emisor correlaciona con un cambio de turno. Si, por ejemplo, en el curso de una conversación uno de los interlocutores formula una pregunta que nadie responde hasta el final del encuentro, la misma sería efectivamente una intervención pero no un turno de habla.

La menor unidad de análisis dialógica es el intercambio, que se define como el par de intervenciones sucesivas de distintos hablantes, una de «inicio

o iniciativa» y otra de «reacción o reactiva» (Briz, 2000, 2002). Los ejemplos prototípicos de intercambio son los llamados pares adyacentes, esto es, los pares de enunciados que se caracterizan porque el primero de ellos provoca convencionalmente la emergencia del segundo. Entre los ejemplos más representativos, la bibliografía sobre análisis de la conversación suele destacar los siguientes casos:

- pregunta-respuesta
- invitación-aceptación
- saludo-saludo
- pedido de disculpas-aceptación
- expresión de condolencia-gradecimiento
- felicitación-gradecimiento
- halago-gradecimiento
- afirmación-evaluación
- afirmación-ratificación
- afirmación-continuación

Si bien no se trata de una lista que agote todas las posibilidades que se manifiestan en la conversación, estos pares adyacentes dejan ver claramente que en la mayoría de los casos existe lo que podríamos denominar una reacción preferida por quien inicia el intercambio: se espera que un saludo sea correspondido con otro saludo; que el halago, la felicitación y la expresión de condolencia sean correspondidos con un agradecimiento; que la invitación y el pedido de disculpas sean aceptados por quien cierra el intercambio. De la misma forma, ante una afirmación se espera una evaluación favorable —por ejemplo, ponderando la pertinencia de lo que ha sido afirmado o halagando al primer interlocutor—; también la ratificación o ampliación de lo afirmado previamente suelen interpretarse como reacciones preferidas por el interlocutor que inició el intercambio. Esta distinción entre reacciones o intervenciones reactivas preferidas y no preferidas puede aclararse comparando los siguientes ejemplos de pares adyacentes:

- (1) A – Hace mucho calor en esta habitación, deberíamos abrir la ventana.
B – Sí, tenés razón.
- (2) A – Hace mucho calor en esta habitación, deberíamos abrir la ventana.
B – No hace tanto calor, mejor dejémosla cerrada.

También en relación con los pares adyacentes, se ha señalado que es posible hallar en la conversación estructuras más complejas, con la presencia de más de un par adyacente por turno o con la presencia de «pares adyacentes

incrustados»¹⁵ (Tusón Valls, 2002). En todos los casos, se trata de una intervención de inicio o iniciativa que supone —o predispone para la presencia de— una segunda intervención de reacción o reactiva, cuya ausencia es percibida por el oyente como una transgresión a las convenciones del intercambio. Además de los ejemplos presentados, la reacción puede ser de sorpresa, reformulación, cooperación, reparación, etc.; se considera incluso la posibilidad de turnos compartidos, por ejemplo, cuando dos hablantes responden al unísono.

El diálogo o interacción representa el nivel jerárquico más alto entre las instancias de la conversación que hemos venido definiendo, y se compone de un conjunto o serie de intercambios sucesivos generalmente emparentados por una misma unidad temática (Briz, 2000). Se distinguen en su interior diferentes secuencias prototípicas: el inicio, que coincide con la preferencia, que introduce el tópico de la conversación y las primeras reacciones de los interlocutores; el cuerpo, que contiene todas aquellas intervenciones que hacen avanzar temáticamente la conversación; y, finalmente, el cierre, que incluye las preferencias conclusivas o las reacciones de los últimos pares adyacentes incluidos en el diálogo. Vale decir que, para los analistas, el diálogo no es una unidad equivalente a la conversación, porque esta, en realidad, estará integrada por tantos diálogos como temáticas sean desarrolladas por los hablantes.

5. Signos verbales, paraverbales y extraverbales que intervienen en la comunicación oral

Cuando hablamos de los lugares apropiados para la transición del turno de habla en nuestra descripción de las unidades consideradas por el análisis de la conversación, hicimos referencia a la posibilidad de señalar e identificar los LAT mediante signos que no pertenecen al sistema lingüístico. Dado que un usuario competente de la lengua oral debe saber producir e interpretar estos signos para lograr desenvolverse eficazmente durante la conversación y otros géneros discursivos cara a cara, las Ciencias del Lenguaje se han ocupado en forma creciente de analizar la comunicación no verbal que interviene en la interacción, entendiendo que un abordaje integral de los procesos

¹⁵ Casalmiglia y Tusón (1999) presentan el siguiente ejemplo de intercambio, en el cual se observa un par adyacente de tipo pregunta-respuesta incrustado en otro del mismo tipo:

- A- ¿Vamos?
B- ¿Ya es hora?
A- Casi \
B- Sí | vamos \
|

comunicativos no puede desestimar su importancia. Para dar cuenta de todos los fenómenos concurrentes en los procesos comunicativos de la forma más exhaustiva posible, se ha propuesto la necesidad de construir un enfoque integrador (Poyatos, 1986) que, entre otros aspectos, debería partir de una definición de interacción igualmente abarcadora:

entendemos la interacción como: el intercambio consciente o inconsciente de signos comportamentales o no comportamentales, sensibles o inteligibles, del arsenal de sistemas somáticos y extrasomáticos (independientemente de que sean actividades o no actividades) y el resto de los sistemas culturales circundantes, ya que todos ellos actúan como componentes emisores de signos (y como posibles generadores de emisiones subsiguientes) que determinan las características peculiares del encuentro. (Poyatos, 1986: 128)

Como se desprende de esta definición, la comunicación humana involucra numerosos sistemas significantes que operan simultáneamente, produciendo distintos efectos de sentido. Cuando exceptuamos el sistema lingüístico de todo ese gran complejo de sistemas, nos hallamos ante un conjunto de procesos de codificación propios de cada cultura que resultan cruciales para un desempeño comunicativo eficaz. Denominaremos signos no verbales o signos no lingüísticos a todos los elementos que componen este gran conjunto de sistemas y, en su interior, distinguiremos los signos paraverbales o paralingüísticos de los signos extraverbales o extralingüísticos. Casalmiglia y Tusón (1999) agrupan en ambas categorías factores y elementos como:

Signos paraverbales o paralingüísticos:

- Calidad de la voz (por ejemplo, intensidad, timbre, ritmos)
- Vocalizaciones (por ejemplo, suspiros, risas, chistidos)

Signos extraverbales o extralingüísticos:

- Movimientos del cuerpo (por ejemplo, muestras de afecto, golpes en la mesa)
- Características físicas (por ejemplo, colores, aspecto personal)
- Conducta táctil (por ejemplo, acariciar, sostener por el brazo)
- Proxémica (por ejemplo, distancia, orientación, lugar de ubicación)
- Artefactos (por ejemplo, anteojos, pelucas, otros accesorios)
- Factores del entorno (por ejemplo, iluminación, ambientación musical)

Este listado de elementos que intervienen en la comunicación y están presentes sobre todo en los usos de la lengua oral con la presencia simultánea de los interlocutores, muestra con claridad la complejidad de la interacción humana aun en sus manifestaciones más comunes y corrientes. Para entrever sus alcances analíticos, podemos imaginar una situación habitual de nuestra vida cotidiana como la visita a un amigo, observando cómo cada uno de estos factores puede llegar a acompañar e imprimir características distintivas al discurso oral propiamente dicho. Con vistas a facilitar la interpretación del ejemplo, imaginaremos ahora dos situaciones extremas, según la actitud de nuestro amigo ante la visita: agrado e interés, por una parte, desagrado y desinterés, por la otra.

En relación con los movimientos del cuerpo, diremos que, mientras que los movimientos constantes e inmotivados podrían indicar nerviosismo o dispersión, la ubicación frente al visitante y la quietud del anfitrión durante la conversación podrían indicar un mayor interés en el encuentro.

En cuanto a las características físicas, diremos que, mientras que el aspecto prolijo del anfitrión podría indicar que este se ha preparado para recibir la visita, el aspecto desalineado podría indicar lo contrario.

En cuanto a la conducta táctil, diremos que, mientras que un saludo distante y sin contacto físico podría indicar falta de afecto, un apretón de manos seguido de un abrazo serían claras muestras de afectividad.

En cuanto a la proxémica, diremos que, mientras que la ubicación del anfitrión detrás de una mesa y su orientación hacia una ventana podría indicar desapego y distancia, la ubicación cercana y la orientación hacia el visitante podrían indicar la intención de ser más atento, amable y cordial.

En cuanto a los artefactos, diremos que, mientras que la disposición de biscochos sobre la mesa y el café recién preparado podrían significar interés en extender y amenizar el intercambio, la ausencia de estos elementos podría dar a entender que el encuentro será breve y no incluirá la merienda.

Y, finalmente, en cuanto a los elementos del entorno, diremos que la presencia de libros y apuntes dispersos por el ambiente donde se produce la conversación podría indicar que el anfitrión ha sido interrumpido en una tarea importante, en tanto que la ambientación musical y la reubicación de los muebles para hacer más cómoda la presencia de los interlocutores podría indicar interés en el encuentro.

Con respecto a los signos paraverbales, conviene aclarar que este grupo de signos no admite la división en unidades mínimas o discretas (particularidad que los diferencia de los signos verbales o lingüísticos, es decir, de los componentes de aquel sistema que hemos aislado inicialmente). En lugar de ello, debemos tener en cuenta que se trata de un complejo de características (Foscher-Lichtz, 1983) que, a pesar de esto, pueden discriminarse durante el análisis. Su estudio, por otra parte, ha sido emprendido históricamente por la Retórica clásica, la declamación y el teatro, cuyos tratados más representati-

vos incluyen sugerencias al orador para matizar sus emisiones de acuerdo con los fines perseguidos. Si se trata de persuadir a un auditorio, por ejemplo, la firmeza en la voz podría resultar un recurso sumamente apropiado; si la intención, por el contrario, es lograr la emoción de los oyentes, el discurso admitiría otras formas de entonación más variables.

Calsamiglia y Tusón (1999) señalan que los componentes del paralenguaje se sitúan en un punto intermedio entre el gesto y la palabra, y se caracterizan por ser producidos por el hablante con los mismos órganos del aparato de fonación que se emplean en el habla. Existe, por ejemplo, un amplio conjunto de sonidos o ruidos más o menos convencionales que los hablantes de cada cultura usan para demostrar distintas actitudes según la situación comunicativa, tales como el agrado, el desacuerdo, la impaciencia o la incredulidad. La adecuación contextual de estas manifestaciones, que reciben en las Ciencias del Lenguaje el nombre de vocalizaciones, resulta crucial para operar eficazmente con el entorno y no incurrir en errores pragmáticos que obstaculicen la comunicación.¹⁶

En el análisis de los signos paraverbales o paralingüísticos es importante tener en cuenta que la voz de los sujetos tiene naturalmente características diferenciables que permiten, por ejemplo, identificarlo en el teléfono, pero no es esta calidad de la voz la que interesa al investigador. Su punto de interés radica, más bien, en aquellos elementos de la voz que son portadores de significados, que se yuxtaponen al significado convencional de los signos lingüísticos y, como tales, matizan y condicionan el contenido global de la comunicación. Como pudimos observar, hay elementos paraverbales que se combinan en forma directa con los signos lingüísticos (el tono, el timbre y el ritmo de la voz) y otros que, a diferencia de aquellos, se emiten en forma independiente (vocalizaciones). Lo importante es subrayar que, más allá de estas distinciones, la presencia simultánea de estos signos y los correspondientes a las demás categorías producen efectos de sentido que los hablantes interpretan intuitivamente y que los analistas de la lengua oral, para comprender en profundidad su objeto de estudio, buscan también incorporar en sus investigaciones.

6. La lengua oral y la oralidad primaria

Debido al importante lugar que ocupa la lengua escrita en nuestra vida cotidiana, nos resulta difícil imaginar un contexto sociocultural total-

mente libre de escritura. No nos referimos simplemente a los pueblos que carecían de un sistema escritural siquiera rudimentario, sino a aquellos que tampoco tuvieron el más mínimo contacto con otras civilizaciones que sí contaban con algún medio de representación lingüística de índole gráfica. Pensemos, por ejemplo, que en la actualidad no existen culturas que en algún momento de su historia no hayan estado en contacto con viajeros, exploradores o etnógrafos para quienes la escritura resultara algo tan natural como para nosotros. Dicha situación ha llevado a los estudiosos de la lengua oral a adecuar las herramientas metodológicas preexistentes a este nuevo objeto de estudio y, no pocas veces, idear procedimientos novedosos para llevar a cabo su abordaje. Señala Havelock (1996) al respecto que estas metodologías, en realidad, sólo permiten efectuar una aproximación a las características generales de la oralidad primaria y que se trata de artificios o metáforas ingeniosas que logran parcialmente salvar la brecha entre el material empírico existente y un amplio conjunto de fenómenos que ya no está al alcance de los investigadores. Es posible, por ejemplo, hallar rasgos de las culturas orales primarias en las culturas originarias que han sobrevivido hasta la actualidad o en grupos de sujetos no alfabetizados, pero teniendo siempre en cuenta que estos medios sólo proporcionan un acercamiento parcial al objeto de estudio.

Antes de señalar las principales características socioculturales y cognitivas de la oralidad primaria, será pertinente realizar algunas aclaraciones acerca de los problemas que entraña su estudio. En primer lugar, es importante recordar que los estudios lingüísticos reconocen que el surgimiento y la difusión de la escritura provocaron la desaparición progresiva de rasgos culturales que hoy se consideran irrecuperables, sin que ello haya significado adoptar la ingenua posición de ver en la lengua escrita un factor de amenaza o desintegración cultural. Entendida como una tecnología que imprimió nuevas características a la comunicación mediante el lenguaje, la escritura facilitó los avances más trascendentes que ha experimentado la humanidad, y, si bien es difícil determinar con exactitud cuánto se ha perdido y cuánto se ha ganado con este potente recurso tecnológico, es evidente que su aparición era necesaria para nuestra evolución como especie: «la oralidad estaba destinada a ser escritura» (Ong, 1982). Gracias a la escritura, por ejemplo, se han desarrollado las ciencias y la cultura en sus manifestaciones más profundas, esenciales y sublimes, y es en este sentido que su presencia en la historia cultural en medida alguna es considerada por la ciencia como una entidad extraña o ajena a la vida humana.

Considerando que en las culturas ágrafas la única forma de comunicación interpersonal tenía lugar por medios acústicos, es evidente también que sus aspectos más significativos sólo podían conservarse mediante la memorización. Los eventos fundacionales de las sociedades antiguas, sus costumbres, las hazañas de sus antecesores, sus tradiciones más importantes, las fórmulas rituales, las normas y pautas de organización social, entre otros objetos cultu-

¹⁶ Los autores mencionados en este párrafo presentan, entre otros ejemplos característicos, las inhalaciones, las exhalaciones, el carraspeo, los silbidos, los chasquidos, la risa, el llanto y las onomatopeyas.

rales, eran legados de una generación a otra por medio de la comunicación oral de contenidos previamente memorizados (Gil Juárez et al, 2005).

Todos los miembros de los pueblos ágrafos tenían un papel importante en la transmisión intergeneracional de contenidos culturales; sin embargo, esta responsabilidad era delegada muchas veces en sujetos naturalmente capacitados o entrenados para cumplir con el rol fundamental de sostener la continuidad cultural en sus aspectos más importantes. Para cumplir con dicha tarea, estos depositarios de la memoria cultural se valían de procedimientos mnemotécnicos que permitían no sólo garantizar la conservación, sino también desarrollar una notable extensión y diversidad de contenidos.

Lo anterior no debe llevarnos a suponer que el reservorio cultural de estos pueblos estuviera indisolublemente cristalizado en una estructura rígida de significados; antes bien, los registros que luego fueron transcriptos y se han conservado hasta nuestros días —entre ellos, como veremos seguidamente, los poemas homéricos— dan cuenta de cierta plasticidad o flexibilidad que permitía la expresión, incorporación y modificación de contenidos a lo largo del tiempo. Las claves de esta dinámica eran distintos patrones rítmicos que se expresaban por medio de la poesía, la música y la danza, circunstancia que explica la importancia que los pueblos de la antigüedad asignaban a estas manifestaciones culturales (Havelock, 1996). No obstante, cabe aclarar que la mnemotecnica implícita en el uso de fórmulas y estructuras rítmicas no era privativa de la composición artística; importantes aspectos de la vida cotidiana, que iban desde la administración de justicia hasta la práctica religiosa, estaban igualmente basados en —y condicionados por— estos recursos.

En el caso de las composiciones de origen oral que eran transmitidas por los poetas de la antigüedad, se estima que el placer asociado a la expresión artística contribuyó con su recepción y difusión social. Como es fácil imaginar, las fiestas populares que congregaban el mayor número de asistentes y complementaban la interpretación de estas composiciones con otras prácticas culturales y deportivas fueron un espacio sumamente propicio para la transmisión oral de los hechos fundacionales de la tradición, la cultura y la religión de los pueblos (Havelock, 1996).

Un ejemplo representativo de lo que hemos venido señalando hasta aquí es el caso de los poemas épicos, ya que tanto en su contenido como en sus aspectos formales presentan numerosos rasgos que pueden atribuirse a su origen oral. Ya hemos mencionado a Milman Parry y sus estudios sobre la obra de Homero en el marco de la Antigüedad Clásica, pero no hemos abordado todavía la importancia de sus hallazgos. Este autor postuló que la selección de palabras y su combinación en hexámetros —versos de la poesía grecolatina que constan de seis pies con diferentes características— guardaba una relación directa con los procedimientos de composición propios de las culturas orales primarias:

Para M. Parry, los métodos de composición oral impusieron una auténtica economía de la forma rastreable en la producción homérica. Sus contenidos respondían a una estructura caracterizada por el engarzado de fórmulas compositivas recurrentes, agrupadas alrededor de unidades temáticas como *el consejo, la asamblea del ejército, el desafío, la batalla, el saqueo de los vencidos o el escudo del héroe*. El carácter formulario de la épica homérica se hace evidente en el encadenamiento de expresiones fijas, de lugares comunes, refundidos y ajustados a las necesidades métricas del verso, revelando en su dimensión más certera la naturaleza rapsódica de este tipo de composiciones. (Gil Juárez et al, 2005: 70)

Estas primeras aproximaciones al objeto de estudio que nos incumbe despertaron no pocas reacciones entre los analistas más ortodoxos de la obra de Homero; pensemos que una de las conclusiones a las que directamente nos conduce la perspectiva de Parry es que debemos ser cautelosos en el momento de referirnos a la creatividad y originalidad de los textos que han llegado hasta nosotros. Sin embargo, gracias a los aportes posteriores de autores como Lord, Havelock y McLuhan, entre otros, los postulados fundacionales de Parry han sido progresivamente aceptados en el campo académico de los estudios clásicos hasta un punto en que, lejos de menoscabar el prestigio de la poesía homérica, han puesto de relieve su importancia en el conocimiento de la historia de la cultura universal. Actualmente se entiende que el uso de fórmulas prefabricadas y temas predefinidos tradicionalmente observados por Parry en los poemas de Homero constituyen una forma de expresión poética que fue fijada en la Antigua Grecia alrededor de los años 700 a 650 a. C. (Ong, 1982) y que resulta representativa de fenómenos similares que han tenido lugar en los más diversos contextos socioculturales.

Del mismo modo, la flexibilidad y la creatividad no eran del todo ajenas a los procedimientos de composición y recitación propios de las culturas orales primarias; existen evidencias de que cada interpretación de los rapsodas o poetas de la antigüedad era original o diferente de todas las demás que la habían antecedido, aun cuando estaban en palabras del mismo intérprete (Gil Juárez et al, 2005). No debemos pensar en la memorización mecánica palabra por palabra de la manera como podemos hacerlo en la actualidad; este procedimiento es posible únicamente si contamos con un registro escrito al cual recurrir para ir fijando uno a uno los elementos de la secuencia lingüística, por lo cual resultaba inviable antes de la invención de la escritura. Los poetas de las culturas eminentemente orales, en realidad, disponían de un conjunto de temas y fórmulas rítmicas legados por la tradición que se combinaban de una manera singular en cada presentación ante el público; vale decir, que el

material de sus composiciones adoptaba una disposición nueva en cada situación de forma idiosincrática (Ong, 1982).

Hasta aquí nuestro recorrido por la teoría de la oralidad primaria. Nos hemos referido principalmente al caso de la cultura griega debido a que fue uno de los primeros centros de atención para los estudiosos de la oralidad primaria y —precisamente por este motivo— una de las áreas más desarrolladas en la investigación académica, pero los mismos fenómenos han sido observados en los más diversos contextos socioculturales. El interés de estos estudios, como hemos tratado de demostrar, radica en la posibilidad de ampliar nuestra concepción de la historia, la cultura y la cognición, resignificando nuestra concepción del sujeto y su constitución como tal a partir del lenguaje.

7. La lengua oral y las tecnologías: un camino hacia una nueva oralidad

Si tenemos en cuenta que la Antropología sitúa la aparición del *homo sapiens* entre el año 50.000 a. C. y el año 30.000 a. C., y consideramos al mismo tiempo que el texto escrito más antiguo que se conserva data del año 6.000 a. C. (Ong, 1982), es posible ponderar la extensión del período que atravesó la humanidad antes de conocer la escritura. Esta poderosa creación del hombre no sólo marcó en su evolución el nacimiento de la historia por permitir el registro de sus acontecimientos vitales más significativos, sino que además modificó notable, progresiva e irreversiblemente su percepción del mundo, su vida cotidiana y su mentalidad. El hecho de desestimar la importancia del período evolutivo previo a la aparición de la escritura en los estudios sobre la cultura y cognición humanas nos privaría de conocer en profundidad aspectos fundamentales de nuestra vida y la de nuestros antepasados. Por esta razón, como hemos enunciado en la introducción de este capítulo, la oralidad primaria se instituyó como un objeto de estudio privilegiado para las Ciencias Humanas y Sociales a partir de la segunda mitad del siglo xx.

El rol social de los antiguos rapsodas en el seno de las sociedades ágrafas, como vimos previamente, era de naturaleza eminentemente didáctica. Con el advenimiento de la escritura, este rol didáctico fue asumido por los hombres letrados que, valiéndose de esta nueva tecnología, reclamaron para sí esta importante función social. Uno de los filósofos que nos ha legado registros de este proceso fue Platón, quien llegó a renegar y excluir de su *República* a los poetas, por entender que su papel en la historia ya no era el mismo (Havelock, 1963-1996; Ong, 1982; Gil Juárez et al, 2005). La nueva tecnología aplicada al lenguaje había logrado imponerse a la memoria; la aparición de la escritura no sólo había modificado las formas de registrar y transmitir los contenidos culturales, sino que también había permitido articularlos entre sí de un modo más comple-

jo, ampliando los alcances del pensamiento humano. De acuerdo con esta última afirmación, la invención de procedimientos técnicos que dieron lugar al ejercicio de la escritura —soportes físicos, instrumentos de impresión y destrezas manuales para emplearlos— estuvo acompañada por una revolución cognitiva sin precedentes, propiciando nuevas competencias en los sujetos, ampliando sus posibilidades de comunicarse y su capacidad de abstracción.

En la primera sección de este capítulo hemos recordado las publicaciones que en forma coincidente, de acuerdo con Havelock (1996), señalaron el punto de inflexión a partir del cual la oralidad se instituyó como un objeto de estudio para distintas disciplinas. Dicha enumeración de obras que han abordado la problemática de la oralidad nos deja entrever que su emergencia en el mundo académico ha tenido lugar cuando se desarrollaron las principales innovaciones tecnológicas en el ámbito de las telecomunicaciones (redes informáticas, televisión, comunicación satelital, etc.); esto es, durante la segunda mitad del siglo xx. No se trata de una simple coincidencia temporal, sino que, por el contrario, fue precisamente este avance tecnológico el que invistió de una mayor visibilidad los efectos que sobre el lenguaje tuvieron los nuevos descubrimientos científicos y sus aplicaciones prácticas, análogamente a las modificaciones sustantivas que, en su momento, había introducido en la historia de la cultura la invención de la imprenta.

Las innovaciones técnicas de registro y edición audiovisual, además de motivar el interés intelectual sobre sus efectos en la interacción lingüística, facilitaron los medios para analizar en profundidad la comunicación que se lleva a cabo por medio de la lengua oral. La posibilidad de grabar conversaciones de la vida cotidiana, los intercambios en distintos ámbitos profesionales e institucionales, por ejemplo, proveyeron a los investigadores interesados en el tema de un amplio corpus audiovisual susceptible de ser analizado con metodologías rigurosas. Cuando no se contaba con estas herramientas, únicamente los registros escritos podían ser material de análisis; la espontaneidad y la fugacidad de la lengua oral impedían la observación en profundidad de los fenómenos que intervenían en el proceso comunicativo. De hecho, el avance tecnológico propició el redescubrimiento de la oralidad por dos razones diferentes. En primer lugar, porque abrió el debate en torno al efecto de las nuevas tecnologías sobre la forma y el contenido de las manifestaciones lingüísticas; pensemos, por ejemplo, en las modalidades discursivas que se ponen en juego en los canales de *chat*, los servicios de mensajería instantánea y los mensajes de texto por telefonía celular. En segundo lugar, porque las nuevas tecnologías terminaron convirtiéndose en el soporte que la lengua oral no poseía y resultaba necesario para poder conocer sus características desde una perspectiva científica (Calsamiglia y Tusón, 1999).

Por otra parte, además de abrirse un foco de interés en torno a las innovaciones tecnológicas más recientes, la escritura en sí misma comenzó a ser considerada como una tecnología (Ong, 1982) que en algún momento de la

evolución humana también había tenido efectos notables sobre el lenguaje. Analizada desde esta perspectiva, la escritura no resulta ser simplemente un medio para facilitar la comunicación en ausencia del sujeto productor del mensaje, sino que además modificó sustancialmente la naturaleza y la identidad del sujeto de la comunicación, de una forma más radical que las nuevas tecnologías de la información y la comunicación:

Puesto que en la actualidad ya hemos interiorizado la escritura de manera tan profunda y hecho de ella una parte tan importante de nosotros mismos [...] nos parece difícil considerarla una tecnología, como por lo regular hacemos con la imprenta y la computadora [...]. En cierto modo, de las tres tecnologías, la escritura es la más radical. Inició lo que la imprenta y las computadoras sólo continúan: la reducción del sonido dinámico al espacio inmóvil. (Ong, 1982: 84)

Al comienzo del capítulo, hemos tenido oportunidad de repasar las psicodinámicas de la oralidad indicadas por Ong (1982) y la revolución cultural y cognitiva que trajo consigo el surgimiento de la escritura, en primera instancia y, más tarde, de la imprenta. De la misma forma, los avances en el mundo de la tecnología de la información y la comunicación en el último siglo imprimieron fuertes modificaciones en el uso de la lengua oral que, debido a su omnipresencia en nuestra vida cotidiana, a veces perdemos de vista. Alcanza con pensar en la más simple de estas tecnologías para valorar los alcances del proceso; veamos, por ejemplo, los fenómenos inéditos que en el discurso oral pueden observarse a partir de la invención de la telefonía:

- El teléfono provocó la emergencia de nuevos géneros discursivos, como la charla o la entrevista telefónica que, si bien comparten con sus manifestaciones cara a cara algunos rasgos característicos, se pueden distinguir por distintas razones claramente de estas.
- Una diferencia sustancial entre la conversación cara a cara y por vía telefónica, por ejemplo, es la ausencia (en el caso de esta última) de signos extralingüísticos y, como consecuencia de ello, la necesidad de implementar otras estrategias discursivas para suplirlos.
- La función conativa en la comunicación telefónica, por ejemplo, se vale únicamente de signos lingüísticos; si el control del canal puede efectuarse en la conversación cara a cara por medio del lenguaje gestual y proxémico, en la comunicación telefónica contamos con expresiones como «¿me escuchas bien?» o «¿estás ahí?» para cumplir con la misma función.

- Por otro lado, el teléfono introdujo la posibilidad de diferir en el espacio la comunicación por medio de la lengua oral que, a diferencia de lo que sucedía antes de su invención, ya no requiere de la presencia simultánea de los interlocutores; esta virtual ubicuidad del hablante se ve incrementada aún más con el uso de la telefonía celular.

También los medios masivos de comunicación trajeron consigo nuevas manifestaciones de la lengua oral y fenómenos relacionados que hoy nos resultan sumamente habituales: la extensión del auditorio a un número virtualmente ilimitado de oyentes; la unidireccionalidad, muchas veces, del intercambio; la creación de nuevos géneros discursivos (el *talk show*, la entrevista televisiva, la columna de chimentos radial, etc.); la posibilidad de diferir en el tiempo las instancias de emisión y recepción, como sucede en el caso de los programas grabados; la combinación de distintos medios y tecnologías aplicadas sobre el uso de la lengua oral (comunicaciones satelitales con corresponsales periodísticos, conversaciones telefónicas con oyentes del espacio radial, etc.). Del mismo modo, el desarrollo de la informática ha facilitado la difusión y extensión de nuevas formas de comunicación que combinan también la imagen y el sonido, permitiendo nuevas variantes del discurso oral, como sucede con los actuales servicios de mensajería instantánea o con el uso de los multimedia.

Si la más simple de las tecnologías de la comunicación como la telefonía nos ha permitido observar algunos cambios notables en el uso de la lengua oral, resulta difícil imaginar el tiempo y el espacio que ocuparía un repaso de todos los efectos provocados por el avance de las telecomunicaciones en las formas de interacción de nuestra vida diaria. Cabe aclarar, sin embargo, que aun tratándose de manifestaciones de la lengua oral muchas veces comparables en distintos aspectos con sus formas naturales, muchos autores se han ocupado de advertir que se trataría de una oralidad artificial o «prefabricada» (Chaume, 1998) o de una «oralidad secundaria» (Ong, 1982) en la cual intervienen numerosos actores (productores de programas, guionistas, asesores, entre otros) y que, por lo tanto, debe diferenciarse de sus formas espontáneas. Por otra parte, los textos audiovisuales presentan una multiplicidad de códigos que operan simultáneamente y que están ausentes en el habla espontánea, además de seguir, en general, pautas de estilo y estandarización que no se observan en la vida cotidiana (Chaume, 1998). Es sabido, por ejemplo, que en la formación del locutor los centros educativos propenden a neutralizar las marcas dialectales y sociolectales del estudiante, privando al espacio audiovisual de muchos rasgos que presenta la lengua oral en su uso corriente.

También en el plano del contenido se aprecian grandes diferencias cuando se trata de comparar la lengua oral espontánea y sus manifestaciones en los medios masivos de comunicación. Al igual que el tiempo dispuesto por los medios, entre otras condiciones de la comunicación —frecuentemente gestio-

nadas por la figura del presentador o conductor del programa— para que los sujetos se expresen oralmente, los tópicos discursivos suelen estar constreñidos por obligaciones y coacciones —políticas, comerciales, ideológicas— totalmente ajenas a la comunicación espontánea (Bourdieu, 1996). Existiría, desde esta perspectiva, una censura invisible que opera sutilmente en la construcción del discurso, manteniendo cierto orden simbólico basado en lugares comunes y funcionales a los intereses del medio de comunicación implicado. Si la escritura permitió superar el pensamiento acumulativo por formas más complejas de razonamiento, desde un punto de vista crítico, la circularidad y el «pensamiento rápido» (*fast thinking*) (Bourdieu, 1996) que caracterizan los medios masivos de comunicación pueden ser vistos como mecanismos que excluyen del espacio audiovisual el pensamiento articulado y generan otras nuevas formas de pensar.

Ejercicios

1. Leer detenidamente el siguiente fragmento y responder las preguntas que figuran a continuación:

De manera que la relación entre las diversas formas de lenguaje gestual y el lenguaje oral es muchísimo más estrecha de lo que tradicionalmente se ha pensado. Ahora piense en algo que tiene mucho que ver con los orígenes del lenguaje: sabemos que durante muchísimo tiempo la mayor parte de la comunicación se hacía cara a cara, de forma que los gestos acompañaban prácticamente siempre el lenguaje oral. Al hacerse más compleja la sociedad, parte de la comunicación se hizo sin la presencia de los interlocutores: es el caso de la escritura, desde sus formas más primitivas. Muchísimo después han surgido formas de comunicación oral sin contacto directo entre los interlocutores, como sucede en los chats de Internet. Todo esto hizo necesario organizar de modo mucho más preciso el lenguaje oral para poder tener éxito en la comunicación sin contar con el apoyo de los gestos.¹⁷

- ¿Por qué se asocia el lenguaje oral con los orígenes del lenguaje humano?
- ¿En qué medida se relaciona el lenguaje gestual con el lenguaje oral?
- ¿Qué modificaciones ha sufrido el lenguaje oral con el advenimiento de la tecnología?

2. Listar 3 (tres) expresiones que se empleen en las manifestaciones orales y que indiquen el carácter interpersonal de la comunicación y 3 (tres) que indiquen su carácter estereotipado, es decir, altamente convencionalizado o ritualizado.

3. Buscar en un diccionario de la especialidad o en otras fuentes bibliográficas información sobre los siguientes términos y luego relacionarlos con los puntos del presente capítulo:

épica – lapsus linguae – retórica – anartria – arenga – solapamiento – simposio – rapsoda – proxémica – dialogismo – par adyacente – transcripción

4. Leer detenidamente el siguiente fragmento, analizar su contenido y desarrollar la postura que adopta Saussure ante la lengua oral presentando 3 (tres) razones y 3 (tres) ejemplos:

¹⁷ Bernárdez, Enrique, *¿Qué son las lenguas?*, Madrid, Alianza, 2004, p. 183.

Lengua y escritura son dos sistemas de signos distintos; la única razón de ser del segundo es la de representar al primero; el objeto lingüístico no queda definido por la combinación de la palabra escrita y la palabra hablada; esta última es la que constituye por sí sola el objeto de la lingüística. Pero la palabra escrita se mezcla tan íntimamente a la palabra hablada de que es imagen, que acaba por usurparle el papel principal; y se llega a dar a la representación del signo vocal tanta importancia como a este signo mismo. Es como si se creyera que, para conocer a alguien, es mejor mirar su fotografía que su cara.¹⁸

5. El verbo «hablar» castellano surgió del verbo latino *fabulare*, que poseía un sentido más restringido que *loquor*, ya que *fabulare* significaba contar historias, dejar a correr rumores, etc. ¿Cómo puede relacionarse esto con las características de la lengua oral? ¿En qué 3 (tres) propiedades del lenguaje natural, según lo desarrollado en el capítulo 1, podría sustentarse la explicación?

6. ¿Por qué se suele decir que la lengua oral es más natural que la lengua escrita? Fundamentar la respuesta desarrollando 4 (cuatro) razones.

7. ¿Es posible establecer alguna vinculación entre la lengua oral y el estilo informal, de acuerdo con lo planteado en este capítulo y en el capítulo 5? ¿Existen manifestaciones orales formales? Fundamentar la respuesta desarrollando 4 (cuatro) argumentos y presentando, al menos, 2 (dos) ejemplos.

8. Identificar 5 (cinco) manifestaciones comunicativas orales que no requieran la escritura y 5 (cinco) que sí la requieran:

Manifestaciones comunicativas orales

Sin escritura	Con escritura
a.	a.
b.	b.
c.	c.
d.	d.
e.	e.

¹⁸ Saussure, Ferdinand de (1916), *Curso de Lingüística General*, Buenos Aires, Losada, 1994, p. 51.

9. Enumerar 2 (dos) manifestaciones comunicativas orales que se desarrollen en los ámbitos que se mencionan a continuación:

- Ámbito privado:
- Ámbito público:
- Ámbito de los *mass-media*:
- Ámbito institucional:
- Ámbito religioso:
- Ámbito lúdico:
- Ámbito periodístico:
- Ámbito estético:
- Ámbito académico:
- Ámbito de la jurisprudencia:
- Ámbito político:
- Ámbito científico:

10. Elaborar una lista de 3 (tres) elementos o factores no verbales que influyan sobre la oralidad y reconstruir una situación oral comunicativa donde estos elementos o factores puedan darse.

- a. Movimientos del cuerpo o comportamiento kinésico (gestos, maneras o posturas):
- b. Características físicas:
- c. Conducta táctil:
- d. Paralenguaje:
- e. Proxémica (lugares, orientación y desplazamientos en el espacio):
- f. Artefactos:
- g. Factores del entorno:

77

11. Leer detenidamente el fragmento siguiente y vincularlo con 4 (cuatro) características de la conversación:

En muchos sentidos, una conversación se parece a una partida de ajedrez (en el ajedrez, nos anticipamos a las intenciones del contrincante, y movemos piezas). Después, le toca al otro jugador. Pero en una conversación resulta menos obvio cuándo hay que cambiar de turno y mover piezas. ¿Cómo sabemos cuándo nos toca? Puede parecer extraño pero la señal más clara de que es hora de que el oyente se convierta en orador tiene poco que ver con el tema de la conversación, aunque sea esto lo que determina cuándo el orador está dispuesto a cambiar de rol. En el ajedrez, el cambio de turno se produce en cuanto un jugador ve que el otro mueve una pieza, sea el movimiento que sea. En una conversación hablada, la señal de que un orador ha terminado suele ser un indicio físico. A veces, es un cambio en la dirección de la mirada del orador, que se vuelve hacia el oyente. Otras veces, es una propiedad de la voz: la prosodia.¹⁹

12. Para la mayoría de los autores, la conversación representa la situación oral prototípica. ¿Qué quiere decir situación oral prototípica, cuáles serían sus características y de qué modo puede establecerse una vinculación con las características de la conversación?

13. ¿En qué medida puede afirmarse que una forma de comunicación como el *chat* complejiza la diferenciación entre lengua oral y escrita? Fundamentar la respuesta desarrollando 4 (cuatro) razones.

14. Un antiguo adagio decía «verba volant, scripta manent» («las palabras habladas vuelan pero las escritas permanecen»). Explicar el contenido de esa frase e indicar si esta sigue siendo, en la actualidad, totalmente verdadera.

15. ¿De qué modo pueden relacionarse las propiedades de la retroalimentación, la intercambiabilidad, la reflexividad y el desplazamiento con la estructura de la conversación?

16. Elaborar un párrafo poniendo en relación los conceptos siguientes:

oralidad – información – comunicación – espontaneidad – signo – informalidad – planificación – interacción.

17. Mencionar y definir brevemente 10 (diez) tipos de manifestaciones o géneros orales que se hayan dado en tiempos antiguos, por ejemplo, el poema épico.

18. Decir si son V (verdaderas) o F (falsas) las siguientes afirmaciones:

- a. La oralidad tiene prioridad filogenética y ontogenética sobre la escritura:
- b. La escritura es reversible, pero la oralidad es irreversible:
- c. La conversación se caracteriza por el empleo de términos especializados:
- d. Todas las manifestaciones orales son informales:
- e. Las manifestaciones orales no implican necesariamente la presencia de sólo dos participantes:
- f. La tertulia es un género discursivo de la oralidad:
- g. La oralidad y la escritura son dos modalidades de la lengua:
- h. Hay escritura que necesita de la oralidad y oralidad que necesita de la escritura:
- i. Los solapamientos son transiciones de turnos:

19. Transcribir y analizar 5 (cinco) formas como se pueden abrir los diálogos y 5 (cinco) formas como se pueden cerrar.

20. Proponer ejemplos en los que se realicen los siguientes pares adyacentes:

- pregunta-respuesta
- invitación-aceptación
- saludo-saludo
- pedido de disculpas-aceptación
- expresión de condolencia-agradecimiento
- felicitación-agradecimiento
- halago-agradecimiento
- afirmación-evaluación
- afirmación-ratificación
- afirmación-continuación

¹⁹ Altmann, Gerry (1999), *La ascensión de Babel*, Barcelona, Ariel, 2002, p. 137.

Bibliografía

- Bajtín, Mijailovich, «El problema de los géneros discursivos», en *Estética de la creación Verbal*, México, Siglo XXI, 1982.
- Bernárdez, Enrique (1999), *¿Qué son las lenguas?* Madrid, Alianza, 2004.
- Blanche-Benveniste, Claire, *Estudios lingüísticos sobre la relación oralidad-escritura*, Barcelona, Gedisa, 1989.
- Bourdieu, Pierre, «La producción y la reproducción de la lengua legítima», en *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal, 1985.
- (1996), *Sobre la Televisión*, Barcelona, Anagrama, 1997.
- Briz, Antonio, *El español coloquial: situación y uso*, Madrid, Arco, 1996.
- *El español coloquial en la conversación*, Barcelona, Ariel, 1998.
- «Las unidades de la conversación», en *RILCE. Revista de filología hispánica*, 16, 2, 2000.
- «La estructura de la conversación. Orden interno y orden externo», en Castañer Martín, Rosa María y Enguita Utrilla, José María (eds.), *Archivo de filología aragonesa LIX LX Tomo I*, Zaragoza, 2002.
- Calsamiglia Blancafort, Helena, «El estudio del discurso oral», en *Signos. Teoría y práctica de la educación*, Nro. 12, 1994.
- Calsamiglia Blancafort, Helena y Tusón Valls, Amparo, «El discurso oral», en *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*, Barcelona, Ariel, 1999.
- Chaume, Frederick, «La pretendida oralidad de los textos audiovisuales y sus implicancias en la traducción», en Chaume, Frederick y Agost, Rosa (eds.), *La traducción en los medios audiovisuales*, Castellón, Universitat Jaume I, 2001.
- Gallardo Paúls, Beatriz, *Análisis conversacional y pragmática del receptor*, Valencia, Episteme, 1996.
- Gallardo Paúls, Beatriz, *Comentario de textos conversacionales. I. De la teoría al comentario*, Madrid, Arco, 1998.
- Gallardo Paúls, Beatriz, *Comentario de textos conversacionales. II. Los textos*, Madrid, Arco, 1998.
- Gil Juárez, Adriana et al, *Tecnologías sociales de la comunicación*, Barcelona, Editorial UOC, 2005.
- Grice, Paul H. (1975), «Lógica y conversación», en Valdez Villanueva, Luis (ed), *La búsqueda del significado. Lecturas de filosofía del lenguaje*, Madrid, Tecnos, 1991.
- Havelock, Eric (1963), *Prefacio a Platón*, Madrid, Visor, 1994.
- *La musa aprende a escribir*, Barcelona, Paidós, 1996.
- Hernández Sacristán, Carlos, «Actos de habla desde una perspectiva intercultural», en *Culturas y acción comunicativa. Introducción a la pragmática intercultural*, Barcelona, Ediciones Octaedro, 1991.

- Kerbrat-Orecchioni, Catherine, *Les interactions verbales. I, II y III*, París, Armand Colin, 1990.
- *La Conversation*, París, Seuil, 1996.
- Lavandera, Beatriz (1988), «El estudio del lenguaje en su conexto sociocultural», en Newmeyer, Frederick (comp.), *Panorama de la lingüística Moderna de la Universidad de Cambridge. Vol IV. El Lenguaje: contexto socio-cultural*, Madrid, Visor, 1992.
- Lotman, Yuri y Uspensky Boris, «On the semiotic mechanism of culture», en *New Literacy History*, 9, 1978.
- Ong, Wálter (1982), *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Parrilla Sotomayor, Eduardo, «Los actos de habla en perspectiva: Una propuesta interdisciplinaria», en Casado Velarde, Manuel, González Ruiz, Ramón y Romero Gualda, María Victoria (eds.), *Análisis del discurso: Lengua, cultura, valores. Actas del I Congreso Internacional*, Pamplona, Universidad de Navarra, 2002.
- Poyatos, Fernando, «Enfoque integrativo de los componentes verbales y no verbales de la interacción y sus procesos y problemas de codificación», en *Anuario de Psicología Nro. 34-1*, University of New Brunswick, 1986.
- Roulet, Eddy, «Échanges, interventions et actes de langage Dans la structure de la conversation», en *Études de Linguistique Appliquée*, Nro. 44, París, Didier, 1981.
- Sacks, Harvey, Schegloff, Emmanuel y Jefferson, Gail, «A simplest systematics for the organization of turn-talking for conversation», en *Language*, 50.4, 1974.
- Saussure, Ferdinand (1916), «Representación de la lengua por la escritura», en *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 1994.
- Sebeok, Thomas, «¿En qué sentido es el lenguaje un sistema modelador primario?», en *Ad-Versus*, II, 2-3, Roma-Buenos Aires, 1991.
- Skliar, Carlos, Massone, María y Veinberg, Silvana, «El acceso de los niños sordos al bilingüismo y al biculturalismo», en *Infancia y Aprendizaje*, Madrid, Vol. 69-70, 1995.
- Tusón Valls, Amparo (1997), *Análisis de la conversación*, Barcelona, Ariel, 1999.
- Tusón Valls, Amparo, «Análisis de la conversación: entre la estructura y el sentido», en *Estudios de Sociolingüística* 3,1, 2002.